

La calle Ignacio Carrera Pinto recuerda nombre de un héroe

A comienzos del pasado siglo XX, Rancagua experimentó un extraordinario crecimiento urbano. Eso significaba romper el damero, de ocho cuadras por lado, que marcó el plano de la villa fundada por don José Antonio Manso de Velasco en 1743, y que había permanecido, casi intacto, a lo largo de 150 años.

Hubo un hecho decisivo que dio impulso al crecimiento de la ciudad hacia el sur poniente. Fue el inicio de las construcciones de la empresa minera norteamericana Braden Copper Company, que iniciaba la explotación a gran escala del Mineral de Cobre de El Teniente. La empresa comenzó por prolongar la calle Millán hacia el Oriente, como vía de acceso a sus instalaciones, que incluían la estación inicial del ferrocarril que uniría a Rancagua con Sewell.

Surgió entonces la necesidad de prolongar otras calles paralelas, desde San Martín hasta el camino a la Estación de Ferrocarriles del Estado. Así nacieron las calles Ignacio Carrera Pinto y Nicolás Maruri, atravesadas por la calle Peyla (actual Avenida Lastarria), que, unía a Millán con Brasil.

La calle Carrera Pinto nació con la apariencia campesina de un camino de tierra, que fue lentamente adquiriendo fisonomía urbana. Hace 90 años era parte de un casi solitario barrio suburbano, que ya tenía varias construcciones de adobes, bodegas, pequeños negocios y sitios eriazos. Ocupaban amplios sitios varias caballerizas, como las de los vecinos Ramón Calvo, Domingo Bravo, Efraín Guevara y Segundo Inostroza.

Estaba también el depósito de carretones de Carlos Vergara y los de carbón y leña de Ciriaco Carreño y de Herminio

Nuñez. No podía faltar una "cochera", lugar donde se guardaban y reparaban algunos coches victorias que, tirados por caballos, eran el más popular medio de movilización colectiva de la ciudad.

Los vecinos encontraban comestibles en el Almacén de Antonio López y abastecimiento de carbón y leña, en la bodega de Ciriaco Carreño. Así mismo, existía la peluquería de Juan de Dios Quintanilla y el taller de composturas de Gerardo Valdivia. En las cercanías de las Estaciones ferroviarias funcionaban los restaurantes de Florinda Hermosilla, de Eleodoro Negrete y de José Luis Santis. El mayor número de negocios en dicha calle eran los 5 Depósitos de Licores, que pertenecían a Maximiliano Díaz, Gregorio Espinoza, Manuel Gajardo, Rafael Jaramillo y Herminia Zúñiga.

Sin letreros a la calle, algunas pocas casas, con sus puertas cerradas, que sólo se abrían a los clientes conocidos, eran la característica más popular de la nueva calle de tierra en aquellos tiempos.

Al terminar la calle, en una especie de plazoleta, cerca de la Estación, funcionaba la llamada Vega Doñihuana, donde

huasos campesinos llegaban desde Doñihue, a caballo, en carretas, o en el ramal del tren, a

vender sus productos.

No voy a entrar en mayores detalles de la larga historia de esta arteria rancagüina. Recordemos que Carrera

Pinto fue la primera calle que se pavimentó completa en Rancagua, alrededor de 1930. Aunque primero se pavimentó

una cuadra de la calle Calvo, como un ensayo demostrativo de lo que se podía llevar a cabo en otras arterias urbanas centrales, todas de tierra o de piedras.

Carrera Pinto demostró lo que se podía hacer, el tiempo que demoraba y el costo que tenía. Ya con pavimento, la calle

fue adquiriendo, un mejor aspecto, cada vez con más rapidez, hasta llegar a su fisonomía actual.

IGNACIO CARRERA PINTO

Ignacio Carrera Pinto es uno de los héroes más grandes de nuestra historia patria. Con el grado de teniente, era el



Héctor González V.
Periodista e Historiador
(1920-2016)

jefe de la pequeña Compañía militar del Regimiento Chacabuco. La compañía estaba formada por 77 hombres que tenían

a su cargo el resguardo de la aldea denominada La Concepción, en la sierra peruana, durante la Guerra del Pacífico.

El 9 de julio de 1882, fueron rodeados por fuerzas peruanas inmensamente superiores, más de dos mil hombres, entre soldados y montoneros. El combate fue fiero y sangriento. Durante 20 horas, los 77 chilenos fueron atacados sin descanso.

Uno a uno fueron cayendo muertos.

En la mañana del 10 de julio, solo quedaban los cuatro jóvenes oficiales y una veintena de soldados chilenos.

Muerto el teniente Carrera Pinto, lo fueron sucediendo en el mando los subtenientes Arturo Pérez Canto, Julio Montt Salamanca y Luis Cruz Martínez. Este último, de sólo 16 años de edad. Ninguno sobrevivió. Los detalles del combate fueron relatados por oficiales peruanos que no podían creer la valentía de ese grupo de chilenos y el inmenso sacrificio, negándose una y otra vez a las peticiones de que se rindieran para salvar sus vidas.

Cuando llegó el grueso del Regimiento Chacabuco, tras retirarse los peruanos, los integrantes se encontraron con un cuadro horroroso. En torno a la plaza las casas quemadas, con sus restos humeantes, entre ellas la que sirvió de cuartel a los chilenos. Los cadáveres de los 77 defensores botados, entre centenares de atacantes peruanos muertos.

La bandera chilena, chamuscada, pero no rendida, en un quebrado mástil...

Ignacio no alcanzó a saber que el comandante del Regimiento traía la noticia de que el teniente Ignacio Carrera

Pinto había sido ascendido a capitán.